

Ubi Amor Ibi Oculus

Observatorio de las pobreza: educar la mirada para despertar el corazón

Queridos hermanos,

En una Circular anterior de 2017, *Despertar el Corazón*, concluía una reflexión sobre el encuentro de Jesús con la Viuda de Naín (cf. Lc 7,11-17) evocando el dicho medieval: “*Ubi amor, ibi oculus*” (donde hay amor, allí está la capacidad de ver). En ese pasaje subrayaba, con las palabras de la Encíclica *Deus Caritas Est* (n. 31), que el programa de Jesús consiste en un «corazón que ve» y que, por consiguiente, posee la capacidad de alcanzar a la persona en su herida más profunda. Su compasión no nace de un concepto genérico de bondad, sino de una mirada que no soslaya la superficie, que no reduce al prójimo a un caso fortuito ni se protege tras la distancia. En medio de la multitud (“*mucha gente de la ciudad*”), Jesús fija su mirada precisamente en aquella madre viuda cuyo único hijo “*era llevado al sepulcro*”: “*Al verla, el Señor se compadeció de ella...*”. La mirada, cuando nace del corazón, sabe priorizar, reconocer lo esencial y detenerse allí donde el dolor es más apremiante.

Asimismo, afirmaba que si la máxima “*Ubi amor, ibi oculus*” es cierta, no lo es menos su inversa, “*Ubi oculus, ibi amor*”: allí donde nuestra mirada es capaz de reconocer el sufrimiento sin eludirlo, es precisamente donde el amor puede renacer. Se trata de una disciplina de la “mirada” que se convierte en disciplina del “corazón”. Esta disciplina se nutre de la fuente eucarística, especialmente cuando pedimos: “*Abre nuestros ojos para que conozcamos las necesidades de los hermanos; inspíranos las palabras y las obras para confortar a los que están cansados y agobiados; haz que podamos servirlos con sinceridad, siguiendo el ejemplo y el mandato de Cristo...*” (Plegaria Eucarística para diversas necesidades, IV).

De esta oración nace para nosotros una tarea muy concreta: educar la mirada para despertar el corazón. A menudo no es que no amemos; es que no vemos bien ni lo suficiente. Nos acostumbramos a las situaciones, nos adaptamos a las fragilidades, “normalizamos” las lágrimas ajenas o —peor aún— ideologizamos la pobreza y, así, el pobre se convierte en víctima de las banderas políticas. De este modo, el riesgo es que nuestra caridad se vuelva predominantemente “institucionalizada”: respuestas organizadas, “en regla” con la burocracia, con una preocupación constante por adecuarse a normas y procedimientos, así como por hacer cuadrar las cuentas.

El 15º Capítulo General, en la Línea de Acción n. 8, sobre el “*Estilo de vida pobre para el apostolado entre los pobres*”, aun reconociendo en las Provincias y Delegaciones “*notables esfuerzos... para salir al encuentro de las pobreza de frontera*”, puso también de relieve algunos “*miedos y resistencias*”. Reconocía que, a veces, nos cuesta salir de nuestras Comunidades y actividades tradicionales (la zona de confort) para afrontar, con estilo pobre, las nuevas pobreza y las situaciones emergentes de estos tiempos nuevos (cf. 15CG n. 52).

Frente a esta realidad, el Capítulo nos impulsó a soñar: “*Soñamos con una Familia Religiosa que pase cada vez más de las obras de caridad a obrar la caridad...*”. Y para que el sueño se convierta en realidad, el documento capitular propuso en la Línea n. 8 —como primera entre cinco acciones— la institución “*en todos los niveles*” de un “*observatorio de las pobreza*”.

“Observatorio de las pobrezaas”: de qué estamos hablando

La propuesta de un “*Observatorio de las Pobrezas*” maduró durante los trabajos del Capítulo General, originalmente en el contexto de la Comisión 2 (Núcleo Comunión), dedicada a los “*Roles y relaciones del religioso con la actividad apostólica*”.

En el discernimiento de la asamblea capitular, la propuesta fue acogida, pero insertada en la Línea de Acción n. 8 sobre el “*Estilo de vida pobre para el apostolado entre los pobres*”. Este paso ya nos ofrece una indicación decisiva: el “Observatorio” no debe entenderse ante todo como una oficina o una nueva estructura, sino como un estilo. Es una opción de coherencia carismática: permanecer cercanos a las pobrezaas reales, especialmente a aquellas que no hacen ruido y no son inmediatamente visibles, y aprender a leer y observar el territorio con ojos evangélicos.

En la formulación de la propuesta influyó una experiencia eclesial recordada por algunos hermanos italianos: el “*Observatorio de las Pobrezas y de los Recursos*” (OPR) promovido por la Caritas italiana en muchas diócesis.

Nacido en el contexto del Congreso eclesial de Loreto (1985), el OPR fue pensado como instrumento de la Iglesia local para relevar de modo sistemático situaciones de pobreza, malestar y exclusión, y para ayudar a leer las respuestas ya activas. Lo recordaba también una Nota pastoral de la CEI (1985): es necesario “*adquirir una adecuada competencia en la lectura de las pobrezaas... con un ‘observatorio permanente’ que no debería faltar en ninguna Iglesia local*”.

Su planteamiento metodológico también facilita la comprensión del proceso: la labor no puede recaer en una sola persona, sino que requiere de un equipo multidisciplinar dotado de competencias diversas - tales como la escucha activa, el manejo de herramientas informáticas y estadísticas, el análisis social y la sensibilidad teológica - bajo la coordinación de un referente. El propósito fundamental no es la mera generación de datos, sino brindar un soporte concreto para el discernimiento y la dinamización de la acción pastoral y caritativa.

Por eso, la indicación capitular puede sernos de gran ayuda: en todos los niveles se favorezca un “observatorio de las pobrezaas” que estimule y organice nuevas respuestas. Los objetivos son claros: **aprender a leer la realidad**, las necesidades y las fragilidades del lugar y de las personas, **compartir lo que emerge**, **discernir juntos** y **dejarnos guiar** hacia opciones más valientes. Es un modo de no aislarnos nunca, de permanecer cerca de los últimos y de custodiar, en las transformaciones del tiempo presente, la belleza de la caridad orionista.

“Mirar el mundo como lo hace Dios”

Para comprender la importancia de esta propuesta capitular, partamos de un pasaje fundamental del discurso del Papa Francisco a nuestra Familia, al término del Capítulo. El Papa nos recordó que lanzarse “*al fuego de los tiempos nuevos*” significa “*mirar el mundo como lo mira Dios*”, sin miedo y sin prejuicios, con discernimiento y simpatía. Y nos indicó la Palabra que guía esta mirada, evocando la experiencia del Éxodo: “*He observado la miseria de mi pueblo... He bajado para liberarlo*” (Ex 3,7-8). Por eso, concluía: “*Debemos ver las miserias del mundo como la razón de nuestro apostolado y no como un obstáculo*”.

Estas palabras nos entregan una clave carismática y pastoral: los “*tiempos nuevos*” no son solo un desafío que afrontar, sino un lugar que habitar con un corazón apostólico, aprendiendo a mirar la realidad “*como la mira Dios*”.

En el episodio de la zarza ardiente, recordado por el Papa, impresiona la insistencia en el verbo “ver”, que acompaña tanto los pasos de Moisés como el obrar de Dios. Moisés “ve” un signo que lo inquieta y lo atrae; Dios “ve” la miseria de su pueblo y, a partir de esta visión, se revela como un Dios sensible e implicado, con el corazón en movimiento (cf. Éxodo 3,1-17).

El texto bíblico insiste mucho en decir que no se trata de una mirada distraída ni de una piedad genérica: es la mirada profunda de un Padre que mira hasta el fondo. Y enseguida la visión se vuelve escucha: *“He oído su clamor”*; luego se vuelve conocimiento en el sentido más pleno: *“Conozco sus sufrimientos”*, es decir, los tomo a pecho; finalmente, se vuelve decisión: *“He bajado para liberarlo... y para sacarlo de esta tierra”*. He aquí el dinamismo divino: ve, escucha, conoce, desciende. Siendo Dios quien es, no puede permanecer neutral. De este modo se manifiesta su magno “descenso”, que atraviesa el devenir de la historia hasta alcanzar su plenitud en la encarnación del Hijo.

Hay además un detalle que nos toca de cerca: la respuesta de Dios al clamor del pobre no es ante todo “algo”, sino “alguien”. Dios responde llamando a Moisés: *“¡Ahora ve! ¡Yo te envío! Saca de Egipto a mi pueblo...”* (Ex 3,10). Esta es la lógica vocacional que recorre toda la Escritura: Dios observa la realidad y responde a través de un enviado; en el pasado, mediante Moisés y los profetas; posteriormente, a través de su Hijo; y aún hoy, por medio de la Iglesia y los discípulos de Jesús. En su momento, llamó a Luis Orione y continúa llamándonos hoy a nosotros, sus hijos: Él observa, llama, envía, compromete y nos pone en camino.

En este horizonte se comprende la verdadera naturaleza del “Observatorio de las pobreza”. ¡Insisto! No debe pensarse ante todo como una oficina o una nueva estructura, sino como disciplina de la mirada y del corazón: un intento humilde de asumir la perspectiva misma de Dios, aprendiendo a observar, escuchar y discernir como Él. En el episodio de la zarza ardiente Dios no entrega a Moisés una simple información, sino un modo de estar delante de la realidad para poder lanzarse al “fuego”: ve la miseria, escucha el clamor, conoce el sufrimiento y desciende para liberar. Es una mirada que se convierte inmediatamente en misión.

Por eso, mirar el mundo como lo mira Dios significa dejarnos educar en la mirada del corazón: ver las miserias como razón del apostolado, escuchar los clamores que no encuentran voz, leer y discernir juntos la realidad y traducir lo que vemos en opciones de caridad.

La vida de la gente es fuente de caridad apostólica

“He visto la miseria de mi pueblo, conozco sus sufrimientos y he bajado para liberarlo” (Ex 3,7-8). Si Dios se revela con este dinamismo de la mirada, quien quiere seguirlo debe aprender a mirar del mismo modo.

El Evangelio confirma ese dinamismo. *“Al ver a las multitudes, Jesús sintió compasión”* (Mt 9,36): no una emoción pasajera, sino un movimiento profundo que nace de una mirada que no pasa de largo.¹ Jesús “ve” a las personas “cansadas y abatidas” y, de ese ver, nace una llamada: *“La mies es abundante... rogad...”*. Su compasión es generativa: hace nacer discípulos, suscita obreros, abre caminos. El rostro de la gente se vuelve lugar de revelación y origen de la misión: también aquí la respuesta no es ante todo “algo”, sino “alguien”.²

¹ El papa Francisco dijo a los religiosos reunidos en Génova: *“Si imaginamos cómo era la hora del día de Jesús, leyendo los Evangelios podemos decir que la mayor parte del tiempo lo pasaba por la calle. Esto significa cercanía a la gente, cercanía a los problemas. No se escondía. Luego, por la noche, muchas veces se escondía para rezar, para estar con el Padre. Y estas dos cosas, este modo de ver a Jesús, en el camino y en la oración, ayuda mucho para nuestra vida diaria”*. En este texto el Papa citó a don Orione como ejemplo de un sacerdote que *“lleva una vida de encuentro, con el Señor... y con la gente”*. (27/05/2017)

² El capítulo 9 del Evangelio de Mateo se estructura dentro de una dinámica vocacional y misionera: este capítulo, con el versículo 36 - *“Al ver las multitudes sintió compasión...”* - concluye con el llamado a la oración (*“¡Orad, pues, al dueño de la misa que envía obreros a su misa!”* v. 38) y el capítulo siguiente se abre con la llamada de los doce y las instrucciones para la misión.

El 13º Capítulo General (2010), reflexionando sobre el núcleo “*Fuentes*”³, nos entregó esta intuición: “*La vida de la gente pobre, necesitada de pan y de Dios, es una auténtica fuente de la caridad apostólica y no solo una finalidad*”. De ello deriva una verdad fundamental: la gente no es solamente “destinataria” de nuestro servicio, sino una “fuente” que debe generar en nosotros compasión, compartir y paso carismático. Por eso el 13º Capítulo nos pedía “*revisar y promover mejor nuestro contacto con la gente, la frecuentación ordinaria, el compartir la vida con un estilo humilde, sencillo, popular*”.

A esta luz se comprende también lo que afirma el Papa Francisco en *Lumen Fidei* (n. 18): “*La fe... mira desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos: es una participación en su modo de ver*”. La fe, por tanto, no es solo creer algo acerca de Dios: es recibir ojos nuevos y entrar en la mirada de Cristo. ¿Y dónde aprendemos concretamente este “punto de vista de Jesús”? Lo aprendemos allí donde Jesús se deja encontrar: en los pequeños, en los pobres, en los que sufren, en las multitudes que buscan sentido. “*El cristiano puede tener los ojos de Jesús, sus sentimientos... porque es hecho partícipe de su Amor, que es el Espíritu. En este Amor se recibe de algún modo la visión propia de Jesús.*” (n. 21)

De lo anterior emana una consecuencia concreta, de naturaleza tanto evangélica como carismática: si la existencia de los más desfavorecidos constituye nuestra “fuente”, es imperativo entonces revisar y fortalecer nuestro contacto con el prójimo. Este contacto no debe ser esporádico, delegado ni mediado únicamente por las instituciones, sino poseer un carácter personal, comunitario y relacional. No ha de limitarse a la asistencia, sino trascender hacia el compartir; no solo traducirse en servicios, sino en una presencia real; no consistir en la preservación restrictiva de nuestros espacios, sino en una apertura y disponibilidad constante para la acogida, más allá de cualquier “conveniencia”.

“¡Hay que ir al pueblo!”

De Don Orione —“*hombre de grandes y lúcidas visiones*”, pero no un “*teorizador*”— se dice que, frente a su realidad histórica, “*fue una persona muy dúctil*”. Sin embargo, “*no fue una ductilidad sin identidad*”, porque “*lo que lo guió a través de tiempos tan mudables*” “*fue su mundo interior, particularmente fuerte e inspirado*”⁴. Era una “*ductilidad arraigada*”: tenía “*principio y fundamento*”, nacía de un centro habitado por “*Dios solo*”. Precisamente porque tenía un “*adentro*” sólido, podía atravesar un “*afuera*” cambiante sin perder la identidad.

Esta ductilidad se caracterizaba por un modo de mirar que no se detenía en la superficie de los hechos, sino que los acogía como llamada de Dios y del pueblo. Don Orione no observaba desde lejos: frecuentaba la realidad, leía su tiempo, comprendía las transformaciones del trabajo y la emergencia de nuevos protagonistas populares. Esta capacidad no la maduró en soledad, ni en los libros⁵: se formó dentro de un entramado de relaciones, asociaciones, iniciativas eclesiales y populares, especialmente en los años en que era custodio de la Catedral⁶

³ Las tres FUENTES de la caridad a las que recurrir vitalmente son: Vida de Dios, Vida de la Iglesia y Vida del Pueblo.

⁴ Cfr. PELOSO, F. *Il Tempo di Don Orione*, p. 3.

⁵ Don Ignazio Terzi capta con precisión el punto decisivo: “*Don Orione no es un sociólogo, ni podríamos decir que sea un gran pensador. Su intuición deriva de una vida vivida (su origen familiar, sus dificultades para llegar al sacerdocio), de un profundo amor al pueblo...*” In: TERZI I. *Don Orione nel centenario della nascita*, pág. 154.

⁶ Cfr. LANZA A. *I fondamenti della gioia di Don Orione*. In: *Atti 187* (Gennaio-Aprile 1995), pag. 47-67. En particular, el punto n. 3: “¿Qué libertades tenía el joven Orión (como custodio de la Catedral)?

y en el clima pastoral guiado por Mons. Igino Bandi⁷. Allí el joven Luis Orione aprendió a estar donde están las necesidades del pueblo y a traducir la caridad en respuestas concretas, inteligentes y organizadas. En aquel contexto no permaneció como espectador: eligió los lugares donde la fe se hacía servicio y responsabilidad.

En la Conferencia de San Vicente aprendió un método de caridad: no la distancia, sino la proximidad; no la prisa, sino el tiempo entregado. Al no poder ofrecer dinero, se ofreció a sí mismo: visita a las familias y a los pobres, educándose para leer la miseria “sobre el terreno”.⁸ En la Sociedad Obrera Católica “San Marziano” entró, en cambio, en contacto directo con el mundo del trabajo y sus fatigas: comprendió que la caridad no es solo limosna, sino también promoción, dignidad, tutela, solidaridad con quien corre el riesgo de ser aplastado por la precariedad.⁹ Y en el contexto del catolicismo social de la época, marcado por la Obra de los Congresos, asimiló una intuición decisiva: la caridad exige impulso del corazón, pero también lectura compartida de la realidad y capacidad de trabajar en red. Así, su participación asociativa lo convirtió verdaderamente en un sacerdote capaz de unir ardor espiritual y realismo social, fidelidad a la Iglesia y creatividad operativa.¹⁰

Otro aspecto ilumina su modo de entrar e interpretar una nueva realidad: el moverse “en clave eclesial”. Es emblemática, por ejemplo, su inserción en Brasil: llegado a Río de Janeiro en 1921, el mismo día del desembarco (20 de agosto) mantuvo ya un encuentro con el Nuncio Apostólico; y antes de partir hacia Mar de Espanha, donde residían los primeros misioneros, quiso encontrarse con el Cardenal Arzobispo, Mons. Arcoverde Albuquerque, y con su Auxiliar Mons. Sebastião Leme. Además, su permanencia estuvo marcada también por diálogos con los Arzobispos de Mariana y de São Paulo, para compartir orientaciones y proyectos pastorales. No era simple “protocolo”, era la opción concreta de leer una realidad dentro de la vida de la Iglesia, escuchando sus urgencias e indicaciones, para servir mejor.¹¹

Así Don Orione se convirtió en un atento observador de la realidad. Su mirada, profundamente humana y a la vez eclesial, no se detenía en la constatación: llevaba los hechos al discernimiento de la fe, a la comunión con la Iglesia y al abandono en la Providencia, para servir con amor. El origen familiar pobre, las experiencias asociativas, la familiaridad con los

⁷ “El encuentro decisivo que orientó el apostolado social del joven don Orione sobre todo en el mundo del trabajo, fue Mons. Igino Bandi, obispo de Tortona desde 1890 hasta 1914, presule la vanguardia nacional del catolicismo socialmente comprometido. Don Orione compartió apasionadamente las múltiples iniciativas sociales y pastorales de su obispo, inspiradas en las indicaciones de las encíclicas sociales de León XIII y de la *Rerum novarum*”. CLERICI, P. Lavoro manuale... In: *Messaggi* 156, pág. 17.

⁸ Resulta que don Orione y Lorenzo Perosi “iban cada semana a los bastiones de la ciudad vieja, por las catapeccas y sobre, en las pobres estampas de los techos, a buscar a los pobres, a repartirles los subsidios de la Conferencia de San Vicente, de la cual ellos eran los miembros más jóvenes”. In: LANZA. Op. cit. p. 53.

⁹ “Mientras el clérigo Orione era custodio en la Catedral participa activamente en la Sociedad Obrera Católica S. Marziano en Tortona, esta era una sociedad de mutuo socorro, se dirigía, de modo especial, al consuelo y a la asistencia de los obreros y trabajadores, con prestaciones de medicamentos a los enfermos, de ayudas financieras a las viudas y los huérfanos”. CLERICI, P. Lavoro manuale... Op. Cit. In: *Messaggi* 156, pág. 17.

¹⁰ “La ferviente obra de León XIII, de los obispos, del clero y de los líderes laicos en el último tramo del siglo XIX, logró movilizar a las masas populares a la causa de Cristo, de la Iglesia y de la Patria. Es este un momento muy vivo y exuberante de la vida de la Iglesia italiana. Eje fundamental de esta ‘movilización de las conciencias’ es la Obra de los Congresos y de los Comités Católicos.” PELOSO F., In: San Luigi Orione: da Tortona al mondo, pg. 75.

¹¹ Esta sensibilidad de don Orione se ha traducido en regla en nuestras Constituciones: “En el desarrollo de [una misión apostólica específica] comprometemos todas las fuerzas y nos apegamos fielmente a las indicaciones y a los planes pastorales de la Iglesia, de modo que, convencidos de que nuestra acción apostólica se ejerce en nombre y por mandato de la Iglesia, sea siempre conducida por nosotros en plena comunión con ella.” (Art. 117)

pobres, el contacto con el mundo del trabajo y la atención a las Iglesias locales le enseñaron un método esencial: encontrar, escuchar, leer los signos de los tiempos, actuar con decisión.

De esta escuela nació el “*estratega de la caridad*”, “*una de las personalidades más eminentes de este siglo por su fe cristiana abiertamente profesada y por su caridad heroicamente vivida*”. ¿Su secreto, su genialidad? “*¡Se dejó conducir solo y siempre por la lógica apremiante del amor!*”.¹²

Del “padre” a los “hijos”

Nuestra historia muestra cómo el carisma de Don Orione ha engendrado hijos: cohermanos que, sin buscar el heroísmo, pero con fe y espíritu de sacrificio, han sabido unir inteligencia y corazón, pasión y espíritu emprendedor. Guiados por la Providencia y por esa “*lógica apremiante del amor*” que fue el secreto del Fundador, se han convertido en atentos observadores de la realidad y han aprendido a responder con creatividad, transformando la caridad en obras y opciones concretas.

Muchos fueron “engendrados” por Don Orione también de modo directo: lo conocieron, lo escucharon, fueron moldeados por él. Don Angelo Mugnai, clérigo en el Paterno (1931-32; 1936-38), ofrece un testimonio luminoso: recuerda cómo Don Orione sabía conquistar los ánimos sobre todo en las “*Buenas noches*”, cuando abría el corazón. Era un padre que hablaba a sus hijos —“*¡y qué padre!*”. Transmitía aquello que no se aprende solo con la teoría: pasión por Cristo y por los pobres, gusto por el riesgo por amor, certeza de que la Providencia nunca abandona. El misionero nace así: de un corazón encendido que enciende otros corazones.¹³

Para el tema que estamos desarrollando, resulta particularmente iluminador seguir este hilo generacional -Don Orione y Don Mugnai, del Padre Fundador al hijo - y recordar un episodio paradigmático de los orígenes de la misión de Bonoua, en Costa de Marfil. Todo comienza con el deseo de Don Mugnai de encontrarse con la realidad africana “de cerca”. En el diario anota: “*Comenzaré a contar desde el día en que, cansado, sediento y sudado, después de un largo recorrido por varias aldeas, me detuve junto a un campo. Al llegar a los poblados, los primeros en correr a mi encuentro eran los niños.*” Un día, sin embargo, un detalle detiene su mirada: un muchachito no corre, se queda sentado en el suelo; luego, al ver al misionero, se arrastra con manos y rodillas hasta desaparecer en una choza. Ese gesto, aparentemente insignificante, plantea un gran interrogante. En los días siguientes el niño no se deja ver. Don Mugnai se vuelve más atento y descubre que no es un caso aislado: otros niños se comportan del mismo modo.

La verdad que emerge es amarga: niños con discapacidad, marcados por la poliomielitis o por malformaciones congénitas, escondidos no por maldad, sino por miedo y por interpretaciones religiosas deformadas: “castigo”, “maldición”. Es una realidad entretejida de dolor, ignorancia sanitaria, tradición cultural, vergüenza social. Don Mugnai no reacciona con dureza ni con juicios: reflexiona, reza, pide consejo. Busca un camino que abra un futuro.

¹² Cf. Juan Pablo II en la homilía de la beatificación, 26/10/1980.

¹³ Don Roberto Simionato presentando el Cuaderno 92 de los *Messaggi*, titulado “Ai tempi di Don Orione”, afirma: “*La formación dada por don Orione, rica en paternidad y al mismo tiempo en austeridad, en estímulos a la santidad, ha penetrado profundamente en la conciencia y en el corazón de aquellos jóvenes...*”. Y Don Mugnai lo confirma: “*Sabía bien captar nuestros ánimos, sabía conmovernos sobre todo cuando nos abría su alma en el ‘Buenas noches’. Entonces caían las barreras, caían las distancias: era el ‘padre’ (¡y que ‘padre!’) que se revelaba a sus hijos.*” In: *Messaggi* n. 92, p. 52.

Después de haber leído la realidad, la respuesta toma la forma simple y genial de la caridad concreta: sillas de ruedas, cochecitos y muletas canadienses. Signos humildes, sostenidos por una solidaridad que llega de lejos, desde Génova, en un contenedor. Pequeños instrumentos capaces, sin embargo, de cambiar una mentalidad. Un domingo Don Mugnai hace acompañar a la iglesia, en una silla de ruedas, a un niño afectado por la poliomielitis. Escribe: *“El asombro de la comunidad al entrar en la Iglesia el niño en silla de ruedas, sigue aún delante de mis ojos.”*

Había hablado antes con los ancianos y preparado el terreno. En el altar anuncia una verdad que libera: no maldición, sino enfermedad; no castigo, sino fragilidad que debe ser cuidada y acompañada; no exclusión, sino integración. Y abre una visión nueva: ese niño puede ir a la iglesia, al mercado, a la escuela, aprender un trabajo. Puede vivir en medio de nosotros. La gente comprende y aplaude. Los domingos siguientes el atrio de la iglesia se llena de sillas de ruedas: una veintena de muchachos, no como exhibición, sino como signo de un paso cultural apenas iniciado.

El fruto más elocuente de esta *“Pascua cultural”* será expresado por un joven, años después, durante la inauguración del Bloque Quirúrgico: *“Nos arrastrábamos como serpientes; ahora estamos erguidos sobre nuestras prótesis y podemos mirar a las personas a los ojos. Finalmente somos seres humanos.”*

Se manifiesta aquí una secuencia lógica y coherente: Don Orione había aprendido a contemplar la realidad “de cerca” a leerla desde la comunión eclesial y a responder mediante obras factibles y proféticas. El Padre Mugnai, como digno sucesor de esta escuela, procede de idéntica manera: observa la realidad, se permite ser interpelado por las heridas del tejido social, discierne, convoca a la comunidad y, con audacia creativa, edifica el futuro.

Bonoua se ha convertido así en un “lugar carismático”: no un reclamo nostálgico del pasado, sino una fuente para el futuro, para reencontrar el fervor de los primeros misioneros que encarnaron e inculturaron las intuiciones de Don Orione. En particular:

- **cercanía y compasión:** ver y sentir la necesidad del otro, para que los pobres experimenten que “la Divina Providencia existe”;
- **lectura inteligente de la realidad:** paciencia para comprender y respuesta sencilla y eficaz, capaz de transformar la situación de fragilidad, y también la cultura y la sociedad;
- **confianza emprendedora en la Providencia:** buscar apoyo para la misión construyendo una red de voluntarios, bienhechores y amigos.

Estos dinamismos - cercanía y compasión, discernimiento y respuesta creativa - se entrelazan en muchas obras y actividades de la Congregación, ayer como hoy. Otro ejemplo histórico es la misión en el norte de Goiás (Brasil, 1952), donde la presencia orionina asumió la forma de una verdadera “arquitectura de la caridad”: en cada aldea la iglesia en el centro, y junto a ella, por un lado la escuela y por el otro el dispensario. En ese contexto, por dar solo un ejemplo, emergió la figura de Don Quinto Tonini, formado en la escuela de Don Orione “viviente” y enfermero instruido por la Cruz Roja Internacional: dio forma a una caridad nueva preparando un grupo de voluntarias, *“Las Samaritanas”*, para visitas domiciliarias, lectura de la realidad social y epidemiológica, acompañamiento de las gestantes y cuidado de los enfermos postrados.

Como se ve, tenemos *“una gloriosa historia para recordar y contar”*, pero también *“una gran historia para construir”*. Por eso, *“miremos hacia el futuro, en el cual el Espíritu nos proyecta para hacer con nosotros todavía cosas grandes.”* (cf. *Vita Consecrata* 110).

La acogida de la propuesta del Observatorio de las Pobrezas

El 15º Capítulo General, en la Línea de Acción n. 8, nos ha entregado un mandato claro: para que toda la Familia sepa responder a las preguntas siempre nuevas del territorio, en todos los niveles se promueva un “Observatorio de las Pobrezas” capaz de estimular y, cuando sea necesario, organizar nuevas respuestas caritativas.

En 2022, después de la publicación del Documento final, un encuentro con los Superiores Provinciales y Delegados permitió profundizar la propuesta y compartir orientaciones antes de las asambleas de programación. En el intercambio surgió que no siempre es posible reproducir modelos complejos (como algunas experiencias estructuradas de la Caritas italiana). Sin embargo, se reafirmó el valor del Observatorio ante todo como instrumento formativo para nosotros, religiosos, para que no nos encerremos en lo que ya hacemos y aprendamos a leer las pobreza emergentes, reconocer los recursos, dar pasos concretos hacia necesidades que a menudo están *“delante de nuestros ojos”*.

Se subrayó, además, que el Observatorio adquiere mayor eficacia cuando involucra a los laicos y a la Familia Carismática, valorizando Secretariados y voluntariado, y cuando se articula en red con lo que ya existe en el territorio, especialmente en colaboración con la Caritas Diocesana. Surgió, por último, la necesidad de una conversión pastoral sobre todo allí donde predominan las parroquias, para que no se restrinjan al ámbito cultural, sino que se vuelvan cada vez más orioninas: abiertas a la dimensión social y atentas a las heridas reales de las personas.

Tres años después del Capítulo, en octubre de 2025, en la Asamblea General, la verificación de la aplicación de la Línea n. 8 constató que, aun registrándose numerosas iniciativas caritativas en situaciones de emergencia, de frontera y ligadas a los migrantes, la propuesta del Observatorio todavía no tenía una resonancia organizativa difundida: solo una Provincia declaraba haberlo realizado, mientras otra se proponía constituir equipos locales en las obras y en las parroquias.

Como bien sabemos, la Asamblea de Verificación tiene también el objetivo de relanzar el Capítulo y promover el cumplimiento de sus disposiciones. Por tanto, para que la decisión sobre el Observatorio de las Pobrezas no quede en el papel, es necesario recomenzar (cf. Norma 176).

“Llamados a identificarnos con el corazón de Dios”

Según el Papa León XIV, en su primera Exhortación Apostólica, *“es necesario recomenzar siempre”* desde Éxodo 3, es decir, desde la revelación de Dios a Moisés junto a la zarza ardiente. En esa página bíblica, como ya hemos reflexionado, *“Dios se muestra solícito ante las necesidades de los pobres”*. Por eso, dice el Papa, *“estamos llamados a identificarnos con el corazón de Dios, que es solícito ante las necesidades de sus hijos y especialmente de los más necesitados”*¹⁴. Aprender a reaccionar ante la realidad como reacciona Dios.

¿Cómo relanzar la propuesta capitular con sencillez y decisión? Además de las inspiraciones que estas páginas hayan podido suscitar, he aquí algunos pasos concretos:

¹⁴ Cfr. *Dilexit te* 8. En el texto, el Papa León XIV se inspira en un pasaje determinante de la *Evangelii gaudium* (n. 187): *«cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y la promoción de los pobres... esto supone que somos dóciles y atentos a escuchar el grito del pobre y socorrerlo». Por eso, «permanecer sordos a ese grito, cuando nosotros somos los instrumentos de Dios para escuchar al pobre, nos pone fuera de la voluntad del Padre y de su proyecto».*

1. Invito a retomar las indicaciones del 15º Capítulo General, especialmente la Línea de Acción n. 8: “*Estilo de vida pobre para el apostolado entre los pobres*”. En esa Línea, junto con la propuesta del Observatorio de las Pobrezas (Propuesta A), el Capítulo ofrece otros caminos para favorecer nuestra conversión al clamor de los pobres:

- **Propuesta B (n. 55):** Retoma la opción profética de una presencia de frontera ya asumida en algunas Provincias/Delegaciones. En este caso, propongo valorizar estas nuevas aperturas de modo que la “frontera” se convierta en una “escuela” capaz de reavivar la pasión misionera en toda la Provincia/Delegación. Recuerdo también que la Propuesta pide promover una experiencia en la que los religiosos puedan “compartir la vida de los pobres”.
- **Propuesta C (n. 56):** Nos exhorta a proyectar respuestas concretas a las pobreza emergentes, trabajando en red con la Familia Carismática, con otros Institutos y, de modo particular, con las diócesis. Las pobreza de hoy son complejas y no se afrontan en soledad.
- **Propuesta D (n. 57):** Pide a cada Comunidad religiosa involucrar a sus laicos en la identificación de una situación local de pobreza urgente, para una respuesta concreta, “con estilo orionino”.
- **Propuesta E (n. 58):** Pone el acento en la necesidad, para cada religioso, de asumir un estilo de vida pobre, pidiendo que esta dimensión se convierta en objeto de verificación constante en la programación comunitaria. En este sentido, resuenan como advertencia las palabras de Don Giulio Cremaschi: “*¡Para comprender bien al pobre hace falta el pobre! He aquí el significado de la estricta pobreza profesada por nuestra Congregación. Los ricos difícilmente entienden a los pobres. Don Orione entendió a los pobres, porque nació pobre, vivió pobre y murió pobre*”. Esta reflexión nos pide una revisión de vida, también para eliminar el riesgo de percibir la consagración como una oportunidad de ascenso social o económico. Como nos recuerda el Papa Francisco: “*el sacerdocio y la vida consagrada no son instrumentos de ascenso social o carrera, sino un don total a Dios y a los hermanos*”.¹⁵

2. **Hacer de las parroquias verdaderos “laboratorios de caridad”:** Las parroquias representan un interlocutor privilegiado para dar concreción al Observatorio de las Pobrezas. Poseen un punto de vista natural y único sobre el territorio: la proximidad cotidiana, las redes de relaciones, las visitas a los enfermos y a los ancianos, la escucha de las familias y el conocimiento de los pobres muchas veces “silenciosos”. Por eso, no solo deben ser valorizadas, sino activamente implicadas para que la comunidad cristiana crezca en la capacidad de leer la realidad y movilizarse en opciones de caridad. Es decisivo sostener y fortalecer los grupos caritativos (Caritas parroquial, San Vicente, voluntariado, visitas domiciliarias...), poniéndolos en red con los recursos ya activos. Don Orione indicaba una práctica sabia: “*Es costumbre entre nosotros unir siempre a la obra de culto una obra de caridad*”.¹⁶ Debemos hacer de nuestras parroquias no solo lugares de culto, sino espacios capaces de ver y generar respuestas para “obrar la caridad”.

3. **Utilizar el Balance Apostólico como instrumento de verificación:** Si queremos que nuestras Obras estén verdaderamente a la escucha del territorio y sean capaces de responder carismáticamente a sus llamadas, el Balance Apostólico nos ofrece un recorrido

¹⁵ Las palabras de Don Cremaschi se refieren a: *Messaggi* n. 36, p. 28. Las del Papa Francisco fueron pronunciadas el 28 de marzo de 2014 en un encuentro con los obispos de Madagascar.

¹⁶ In: *Scritti* 53, 39; También: *Parola* 3, 148: “*Donde surge una obra de culto debemos unir una obra de caridad*”.

estructurado para la verificación y el crecimiento. A través de los valores “*Faros de Fe y de Civilización: relación pastoral con el territorio*” y “*A la cabeza de los tiempos*”, el Balance ayuda a discernir si existen espacios para interceptar nuevas emergencias (yendo más allá de las respuestas ya institucionalizadas) y a medir el diálogo efectivo con los recursos territoriales.

4. Mantener la formación inicial abierta a las “nuevas pobrezas”: Nuestras Constituciones indican claramente que la formación es un camino de progresiva asimilación de la vocación orionina (art. 99). Por tanto, debe permanecer apostólicamente abierta: los jóvenes religiosos están llamados a mantener un contacto vivo y real con el mundo que será su futuro campo de misión (art. 101), evitando que el camino formativo se reduzca a un ambiente protegido y separado de la vida de la gente. Con este fin, nuestro itinerario prevé el “*tirocinio*” en una obra, como contacto inmediato con el apostolado característico de la Congregación (art. 102). También el estudio nunca es un fin en sí mismo, sino que debe armonizar la especulación con el sentido práctico de los problemas de la vida (art. 106), formando religiosos capaces de leer la realidad con inteligencia evangélica. Para quien se encamina hacia el sacerdocio, la preparación al ministerio no puede limitarse a catequesis y liturgia, sino que debe incluir “de modo esencial las obras de caridad” (art. 108). Es necesario, por tanto, acompañar el estudio y la vida sacramental con experiencias estables y verificables de servicio a los pobres.

5. “Momento Observatorio”: Propongo a los Consejos Provinciales y de Delegación realizar, en una de las próximas reuniones, un “*Momento Observatorio de las Pobrezas*”. Será un tiempo dedicado a leer la realidad provincial/de delegación respondiendo a preguntas esenciales: *¿Qué clamores son más urgentes y están “delante de nuestros ojos”? ¿Dónde está llamada nuestra presencia a una conversión (en el estilo, en la forma, en las prioridades)? ¿Qué pasos concretos son posibles? ¿Es necesaria una intervención del Consejo en apoyo de alguna presencia local? ¿Cómo motivar a las realidades locales a organizar algún equipo para un trabajo de observación?* Esta misma dinámica de discernimiento podría reproducirse también dentro de cada Comunidad local o de cada Obra de caridad.

Queridos hermanos,

En una predicación de 1939 Don Orione se preguntaba: “*¿Qué quiere decir desposarse con la pobreza?*”. E inmediatamente orienta la respuesta hacia la radicalidad evangélica: “*¿Quiere decir acaso desposarse teóricamente con la pobreza? ¿Quiere decir hacer voto de pobreza? ¡Más! ¿Quiere decir practicar la pobreza? ¡Más! ¿Quiere decir permanecer aferrado a la pobreza? ¡Más! ¡Más! ¡Más!*”. Y luego pone el foco en lo esencial: “*Desposarse con la pobreza quiere decir hacer de la vida un holocausto por los pobres, por los humildes, por los leprosos...*”, porque “*estamos llamados a consagrar la vida por la gente más pobre, por tantos afligidos y rechazados, hermanos nuestros...*”.¹⁷

Don Orione nos conduce al punto fundamental: la pobreza no se “desposa” con discursos, sino con una vida que se deja consumir por el amor; no con una adhesión teórica, sino con una proximidad real, capaz de encarnarse en las heridas de los “desamparados”. Aquí es donde nuestro carisma reencuentra su centro: cuando el pobre no queda en los márgenes de nuestra sensibilidad, sino que se convierte en criterio de nuestras prioridades, de nuestras atenciones pastorales, de nuestro estilo de vida.

¹⁷ In: *Lo Spirito di Don Orione*, Vol. V, pág. 79-80

El “Observatorio de las Pobrezas”, por tanto, debe entenderse ante todo como un instrumento para educar y orientar el corazón, a fin de que se realice el sueño capitular de una “Familia Religiosa que pase cada vez más de las obras de caridad a obrar la caridad, que ponga cada vez más el acento en un estilo de vida pobre entre los pobres que da credibilidad a nuestra misión”, dejando “nuestras comodidades para afrontar nuevas realidades a imagen de Cristo”.

Solo una mirada educada por la Eucaristía y por la frecuentación de la gente nos libra del riesgo de una caridad simplemente “institucionalizada” y, hoy, también del peligro sutil de aislarnos en una realidad “virtual”, hecha de impresiones, narraciones y debates que ya no tocan la carne. La observación y el contacto con el territorio y con la gente nos devuelven, en cambio, la concreción: los pobres no son una idea ni una categoría, sino rostros, historias, heridas y esperas reales. Es este retorno a lo real el que nos devuelve el valor de “*lanzarnos al fuego de los tiempos nuevos*” con creatividad y valentía.

Confío nuestros sueños a la Divina Providencia y a la intercesión de San Luis Orione, “*padre de los pobres e insigne benefactor de la humanidad doliente y abandonada*”, para que nos conceda un corazón libre y pobre, capaz de mirar y de amar de verdad.

Fraternalmente,


P. Tarcísio G. Vieira
Director general

